

El último baile

La luz de los candelabros danzaba, la llama de las velas se mecía al compás, mientras nobles risueños se deslizaban de un lado a otro con sus máscaras. En aquel baile de máscaras todos llevaban dos, la del disfraz y la de la fachada que trataban de aparentar siempre.

Entraba el pavo real, vestido con su elegante traje azul de chaqueta larga y camisa blanca, su cabello castaño estaba cuidadosamente peinado, rodeado por las plumas de la máscara que llevaba, mostrando de su rostro poco más que sus profundos ojos azules y una encantadora sonrisa. Se trataba del joven y apuesto barón Frédéric Richeteau, que al igual que estas aves muestran su cola para aparentar mayor tamaño ante los depredadores, él trataba de aparentar mayor influencia de la que en realidad tenía. Aparentar, era lo llevaba haciendo el último año para convertirse en un distinguido personaje, partiendo desde la nada se había convertido en el encantador barón francés amigo de todos. Sin embargo, planeaba que aquel fuera su último baile y que las máscaras cayeran al fin.

Giró por el lujoso salón de baile hasta la inocente paloma blanca, Katarina der Mächtig, ella era la anfitriona de la fiesta, la homenajeada en su cumpleaños. Llevaba un precioso vestido claro de volantes y adornos dorados, con su sedoso cabello rubio recogido en un moño y su sonrisa melocotón que acompañaba a sus tiernos ojos claros.

—Estáis más radiante que nunca —dijo Frédéric besándole la mano cubierta por un largo guante blanco.

—Pero si no podéis ver mi rostro tras la máscara—replicó sonriente con su dulce voz.

—El amor me permite veros como sois sin todas las máscaras —contestó con cariño.

Aunque en su momento le había costado acercarse a la ingenua Katarina, cuando al fin lo logró, supo ganarse su corazón. Aquel era el primer paso para su venganza, para acercarse al padre de Katarina.

Entonces entró el imponente león, el duque Henrik der Mächtig. Bajo esa máscara dorada había un hombre reservado a la par que inteligente y engañoso. Era alto y robusto, se mostraba imponente con su traje escarlata de hilos de oro, su cabello rubio estaba recogido en una pequeña coleta y sus ojos avellana recorrieron veloces el salón.

El duque der Mächtig, ambicioso de poder, hacía unos años había intentado destronar al rey de Hankisa, el pequeño reino al este de Europa. Sin embargo, una filtración de información supuso la cancelación del plan y astutamente Henrik le echó la culpa al duque vom Burgimwald. El duque fue ejecutado y su familia exiliada, incluido su pequeño hijo Aleksander vom Burgimwald, que ahora había vuelto para vengarse bajo el pseudónimo de Frédéric Richeteau.

—Saludos, padre, me alegra que ya estéis aquí —dijo Katarina acercándose a él seguida por Aleksander.

—Por supuesto, tesoro ¿Y quién es tu amigo? —preguntó mirándole a él.

—El barón Frédéric Richeteau, señor —respondió con una reverencia.

Debía ser paciente y esperar el momento óptimo, sabía que en algún momento de la fiesta, el duque der Mächtig lo llamaría para discutir en privado la relación con su hija, y esa sería la ocasión de convertirse en cuervo y llevar a cabo su venganza, terminaría con la vida de aquel miserable. Este sería el último baile para Frédéric Richeteau, pero también para Henrik der Mächtig.

—Un placer —respondió el duque der Mächtig con una ligera inclinación—. Ahora si nos disculpa... —añadió tomando el brazo de su hija.

Aleksander se echó a un lado con una reverencia para dejar que el fiero león pasara junto a su inocente paloma.

—Así que un baile de máscaras, ¿cómo se te ocurrió esta idea para la fiesta de tu cumpleaños, cariño? —le comentaba Henrik a su hija.

—Pues en realidad me lo propuso mi amigo, el barón Richeteau, y me pareció divertido—contestó ella.

Ambos se perdieron de vista entre los pomposos trajes y faldas de los invitados que se mecían por el salón de baile. El joven Aleksander había tenido tiempo de conocer a Katarina y descubrir que no era en absoluto como su padre. Ella era amable y generosa, siempre trataba con respeto a los demás fueran nobles o plebeyos, su sonrisa era radiante como el amanecer y su mirada derretía el corazón resentido de Aleksander. Al principio, él no la consideraba más que un medio para un fin, pero ahora ya no sabía lo que sentía por la hija del hombre que le había arruinado la vida.

El pavo real danzó por el salón, sonriendo a las damas con las que iba bailando, mientras observaba como el león y la paloma saludaban a los invitados. La joven Katarina tuvo un baile con su padre, con elegancia giraron por el centro del salón hasta el final de la canción. Después el duque Henrik se retiró para dejar que su hija bailara con los invitados y ella fue a buscar de nuevo a Aleksander.

—¿Es que no me vais a sacar a bailar? —le preguntó risueña.

—Estaba esperando el momento, pero si me lo pidierais, no volvería a bailar con nadie que no fuerais vos —respondió sonriente.

—Podéis bailar con quien queráis —dijo sonrojada.

—Yo solo quiero bailar con vos —respondió tendiéndole la mano.

Ella la tomó y se dejó llevar por la música en los brazos del hombre que amaba. La vida le resultaba plena e indudablemente feliz cuando tenía al barón Fredéric junto a ella, él era un sueño del que esperaba no tener que despertar jamás.

Cuando la música paró, Aleksander la soltó diciendo:

—Aunque me gustaría, no puedo teneros solo para mí, seguro que hay más invitados con los que querréis bailar.

—No, no los hay —respondió Katarina.

—Entonces sigamos —contestó.

Aleksander volvió a tomar su mano al tiempo que la orquesta retomaba el ritmo con una nueva melodía. Sabía que cuanto más tiempo pasara con Katarina, antes querría su padre hablar con él, era consciente de que el duque der Mächtig los observaba con seriedad.

—Quizá debamos tomar un descanso, ¿queréis una copa? —le preguntó el joven.

—De acuerdo —respondió ella.

Ambos abandonaron con elegancia la pista de baile cogidos de la mano, para acercarse a la mesa de mantel blanco en la que se podían encontrar numerosas copas de vino y diversos aperitivos para la fiesta. Mientras Aleksander tomaba dos copas de la mesa, uno de los sirvientes del duque se le acercó para susurrarle.

—El señor os espera en la biblioteca en diez minutos.

El sirviente se retiró sin esperar respuesta y el joven giró la cabeza en la dirección en la que recordaba haber visto a Henrik, éste le sostuvo la mirada unos segundos antes de darse la vuelta para dirigirse con discreción a una de las salidas del salón.

Aleksander regresó junto a Katarina para entregarle la copa mientras pensaba cómo excusarse él también, era evidente que el duque der Mächtig quería tratar el asunto en la intimidad y sin que Katarina fuera consciente, algo que él agradecía. Por un momento se preguntó si no lo consideraba digno de su hija y lo amenazaría para que la dejara, o si primero le haría preguntas sobre su situación actual para conocer mejor al pretendiente de Katarina y si no le convencía, entonces ya sacaría los dientes. En cualquier caso, Aleksander no planeaba darle oportunidad tan siquiera de hablar.

«Es responsable de la muerte de mi padre, del destierro y la deshonra de mi familia, todo por un delito del que él es el verdadero culpable, pero pagará, esta noche pagará» pensaba con odio.

—¿Ocurre algo? —le preguntó preocupada Katarina siendo consciente de que se hallaba perdido en su mente.

—No, no os preocupéis, solo necesito tomar un poco el aire, regresaré en seguida—respondió esquivo.

Sin esperar una respuesta de Katarina, se dirigió a una de las salidas del salón, dio un sorbo a su copa y aprovechó el paso de un camarero para dejarla en su bandeja. Salió discreto del salón y antes de dirigirse a la biblioteca se coló en el ropero donde todos habían dejado

sus abrigos. Despistó al guardia de la entrada diciendo que el duque lo reclamaba en el salón de baile. Aquello le daba el tiempo necesario para tomar lo que había guardado en una caja que le había dicho a los empleados era una sorpresa para Katarina. Sacó una máscara de cuervo, una chaqueta negra y un puñal.

Salió del ropero antes de que el guardia regresara, y con su máscara negra de muerte se dirigió a la biblioteca. No planeaba fallar, pero aún así quiso extremar las precauciones y no llevar el mismo atuendo que en la fiesta, a fin de que no le pudieran reconocer.

Había estudiado la mansión del duque der Mächtig y sabía cómo llegar a la biblioteca sin ser visto. Había un único guardia en la puerta, que dejó inconsciente con un veloz e imprevisto golpe del mango de su puñal. Agarró bien el puñal con su mano derecha y apoyó la izquierda en el pomo de la puerta. Sus manos enguantadas de blanco serían las manos de la muerte de Henrik der Mächtig, tendría su venganza, estaba a punto. Sin embargo, sentía sus manos temblar, sentía su corazón latir frenético en su interior, le costaba respirar y ahora que estaba tan cerca, le empezaron a surgir las dudas.

Había querido matar al duque der Mächtig desde que su madre le había contado, al hacerse mayor, cómo le había tendido aquella trampa a su padre que acababa de descubrir la conspiración contra el rey.

Sin embargo, no dejaba de pensar en Katarina, en cómo le afectaría la muerte de su padre. No sabía cómo explicarle la verdad, seguramente no le creyera, jamás le perdonaría y aquello era algo que le rompía el corazón. La madre de Katarina murió de enfermedad cuando ella era una niña, su padre era la única familia cercana que tenía ¿Podría arrebatarla?

—¡Ey! ¿Quién sois vos? —preguntó una voz en el pasillo.

El cuervo se volvió sorprendido, había un sirviente mirándolo con temor, a punto de gritar para llamar a los guardias. Con el guardia inconsciente en el suelo, a Aleksander no se le ocurría ninguna excusa que pudiera convencer a aquel hombre de no alertar a los demás de su presencia.

—¡Guardias, guardias! ¡Un intruso en la biblioteca! —gritó el sirviente mientras huía asustado.

Sin tiempo que perder, el cuervo cogió la lanza del guardia inconsciente y entró en la biblioteca, donde utilizó el arma para atrancar la puerta, pasándola por sus curvados pomos.

—¿Barón Richeteau? —preguntó la voz grave del duque der Mächtig.

En realidad no le había reconocido, tan solo preguntaba porque era a quien esperaba.

—Mi nombre no es Frédéric Richeteau —empezó a decir, hizo una pausa y se giró para mirar cara a cara al duque.

Henrik se había quitado su máscara, mostrando su rostro de rasgos marcados adornados con una barba cuidadosamente recortada. Sus músculos estaban tensos, preparados para huir ante el peligro, pero su expresión era seria y sus ojos severos, como los de un gigante que se cree invencible.

—Hace unos veinte años —prosiguió el joven mientras caminaba lentamente hacia él—, quisisteis robarle la corona al rey de Hankisa, pero cuando el secretismo de vuestro plan se vio comprometido por el duque vom Burgimwald, cancelasteis todos los preparativos y le echasteis la culpa a él. Creísteis que os habíais salido con la vuestra, pero os equivocabais. Yo soy Aleksander vom Burgimwald.

Cada una de esas palabras estaba cargada de su odio contra el duque der Mächtig, pronunciarlas en voz alta al fin le daba cierto alivio, pero lo único que le traería finalmente paz sería la muerte de Henrik, ¿o no?

Agarró el puñal con fuerza para que las dudas no lo hicieran echarse atrás, ya era tarde para arrepentirse, ya no podía desistir de su venganza.

—¿Vom Burgimwald? —repitió Henrik sorprendido y asustado, como quien ve un fantasma del pasado.

—¡Vengaré la muerte de mi padre con vuestra vida! —exclamó antes de abalanzarse sobre el duque con su puñal.

Henrik esquivó por poco el ataque y corrió hacia la chimenea que había junto a los sillones de lectura. Aleksander intentó detenerlo, pero el duque llegó a coger el atizador de la chimenea para defenderse.

—Os advierto que en mi tiempo fui el mejor esgrimista de mi clase —fanfarroneó der Mächtig mientras blandía la herramienta como un florete.

—Y yo lo fui de la mía —respondió lanzándose de nuevo al ataque.

Aleksander sabía que su corto puñal estaba en inferioridad frente al largo atizador de su enemigo, pero no se dejó amilanar. Esquivó los feroces golpes de Henrik, intentando acercarse para clavarle su arma, mientras oía los golpes de los guardias sobre la puerta tratando de entrar.

El filo de su puñal hirió a Henrik en su brazo izquierdo, pero Aleksander recibió un fuerte impacto del atizador en sus riñones. Cayó al suelo mientras la sangre empezaba a brotar de su costado. El duque der Mächtig alzaba de nuevo su arma para un nuevo golpe, apuntaba directo a la cabeza del joven. Aleksander no se dejó vencer, se echó hacia atrás para esquivar, viendo la punta de la vara metálica pasar a escasa distancia de su rostro, rozando su máscara negra. Se puso en pie al tiempo que los guardias echaban la puerta abajo.

—¡Prendedle! —ordenó el duque a sus hombres.

Aleksander sabía que había fracasado, pero vio en una ventana de la biblioteca su oportunidad para escapar. Corrió veloz a ella y saltó sin mirar atrás, dejando a los guardias perplejos.

—¡Qué hacéis!? ¡Que no escape! —rugió el duque der Mächtig enrojecido de ira.

Aleksander había podido aterrizar en el balcón de un piso inferior, la caída le había hecho daño y estaba herido por el atizador, pero no se permitió el lujo de parar a recuperar el aliento. Regresó al ropero, cuyo guardia ya no estaba pues seguramente hubiera ido corriendo junto a los demás cuando el sirviente dio la alarma. Volvió a ponerse su disfraz de pavo real y tras esconder debidamente su atuendo de cuervo regresó disimuladamente a la fiesta.

Le costaba mantenerse en pie, pero sabía que los guardias de la entrada no lo dejarían abandonar la mansión habiendo un enemigo dentro. En el salón de baile estaban todos revueltos, parecía evidente que habían escuchado el estruendo de lo acontecido en la biblioteca. Aleksander se escurrió entre los invitados buscando a Katarina como su única vía de escape factible.

—¡Frédéric! Ha habido un estruendo, ¿sabéis lo que está pasando? —preguntó la joven preocupada.

—Me temo que no —mintió—. Pero ahora me vendría bien vuestra ayuda para salir de aquí, no me encuentro muy bien y temo que con todo el alboroto los guardias no me dejen abandonar la mansión.

—¿Estáis mal?

—Algo mareado, quizás alguna enfermedad, debería regresar pronto a mi casa para recuperarme.

—De acuerdo, por aquí —dijo ella confiada.

Aleksander no pudo evitar sentirse culpable por utilizar así a Katarina, había intentado matar a su padre y ahora le pedía ayuda para escapar.

Siguió a la paloma por los corredores, dando gracias de que los guardias siguieran registrando el perímetro en busca de un hombre vestido de negro. Katarina lo acompañó hasta el patio donde esperaban todas las carrozas de los invitados junto a sus lacayos.

—¿A dónde vais? Nadie puede abandonar ahora la mansión —se interpuso uno de los guardias.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó Katarina.

—Han intentado matar a vuestro padre, no sabemos quién —respondió el guardia.

La joven se tapó la boca con las manos ante la impresión de la noticia.

—¿Y está... está? —intentó preguntar temerosa.

—Está bien, señorita, mejor de lo que estará su agresor cuando lo encontremos—respondió, aliviando a la joven.

—Espero que lo encuentren —intervino Aleksander— Pero yo no he tenido nada que ver y si me lo permiten, me gustaría abandonar la mansión.

—No debería —protestó el guardia.

—Anton, no os preocupéis, dejad que se marche, no pasará nada —dijo Katarina al guardia Anton.

—Si se siente más cómodo puede registrar mi carro para asegurarse de que no se ha escondido en él el delincuente —propuso Aleksander a pesar de que quería partir cuanto antes.

—Lo haré —dijo Anton.

Aleksander hizo un esfuerzo por permanecer erguido mientras aquel guardia inspeccionaba su carro, al menos estaba tranquilo porque sabía que no encontraría nada en él.

—De acuerdo, señor, puede marcharse dado que la señorita der Mächtig se lo permite—concluyó el guardia tras la inspección.

—Espero que pronto estéis mejor —le dijo Katarina mientras él subía a su carro.

—Pensar en vos me hará recuperarme antes —respondió antes de cerrar la puerta.

El cochero de Aleksander dio orden a sus corceles negros de avanzar, mientras emprendían el camino, el joven se quitó la máscara y se recostó aliviado en el asiento. Cuando logró salir de la propiedad der Mächtig, se quitó la chaqueta y rasgó su camisa para hacer un vendaje en torno a su herida y apretó con las fuerzas que le quedaban para detener la hemorragia.

Se asomó por la ventanilla de su carro, mientras pensaba en cómo proceder. No sabía si el duque der Mächtig sospechaba de él, no tenía pruebas, pero era un hombre astuto. En cualquier caso, tenía claro que le sería imposible volver a acercarse así a Henrik. Por otra parte, no dejaba de pensar en Katarina, en cómo se había asustado al oír que habían intentado matar a su padre. El fracaso de su plan le provocaba a la vez frustración y alivio, no sabía qué sentir.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó su sirviente y amigo Maciej.

Maciej era un hombre de avanzada edad, alto, de cabello canoso y grueso bigote. Había servido en su juventud al padre de Aleksander y no abandonó a la familia cuando partió al exilio. Maciej había sido un fiel sirviente de los vom Burgimwald desde que Aleksander tenía memoria, y ahora era su aliado y confidente en su plan de venganza.

—Me sentiré mejor cuando lleguemos a casa —se limitó a responder el joven.

—¿Qué ha ocurrido? —continuó preguntando Maciej.

—He fallado y probablemente el duque der Mächtig sospeche de mí, así que no podré volver a acercarme a él, tendré suerte si no está pensando ya en contratar asesinos que vengan por mí.

—Ya os advertí que vuestro plan tenía lagunas, la máscara de cuervo, por ejemplo. Si hubierais ido como el barón Richeteau seguro que no habría podido reaccionar a tiempo.

—Tal vez, pero si hubiera fallado entonces todos los guardias habrían sabido que debían detenerme a mí y no podría haber salido de la mansión como lo he hecho.

—En verdad sé que lo hicisteis por la señorita Katarina —comentó Maciej con perspicacia—. No queríais que el hombre que amaba matase a su padre, por ello separasteis al barón Richeteau del duque vom Burgimwald.

Esperó una respuesta de su señor, pero él permaneció callado.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—No lo sé —admitió Aleksander—. Necesito pensar.

El sirviente asintió y guardó silencio el resto del trayecto hasta la mansión Richeteau.

—Pasemos dentro que os vea esa herida —dijo Maciej ayudando a Aleksander a bajar del carroaje.

El joven se apoyó en él para llegar a su habitación donde Maciej le lavó la herida y se la vendó debidamente.

—Si me permite la sugerencia, deberíamos regresar a Francia cuanto antes —dijo Maciej.

—¿Ahora? —preguntó Aleksander.

—Como habéis dicho, el duque der Mächtig puede sospechar de vos e incluso enviar hombres por vos, no es prudente permanecer en Hankisa.

—Tenéis razón, pero marcharme ahora implicaría confirmarle sus sospechas.

—Es mejor que arriesgarse a que os maten.

—De acuerdo, pues preparadlo todo.

—Descansad y os avisaré cuando los preparativos estén listos —dijo Maciej retirándose.

Aleksander se dejó caer sobre su cama, su cabeza aún bullía de pensamientos e impresiones, pero estaba tan cansado que el sueño terminó por arrastrarlo.

Maciej lo despertó con calma al día siguiente, el sol mañanero brillaba en el cielo cuando Aleksander se vistió para el viaje y salió en su carroza. Le esperaba un largo trayecto, pero así tendría tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido la noche anterior y sus próximos pasos.

Tras un par de meses de agotador viaje, Aleksander llegó junto a Maciej al país en el que su familia se había refugiado tras el exilio de Hankisa. Su tía por parte materna, que se había casado con el marqués Éntoile de Francia hacía muchos años, antes de que Aleksander hubiera nacido, les acogió sin dudarlo y les ayudó a adaptarse a una nueva vida, aunque la madre de Aleksander, Amelia, siempre había añorado Hankisa.

El carroza llegó por la tarde, cuando el sol empezaba a acariciar el horizonte, pintando el cielo de colores. El cochero frenó a los corceles canela frente a la puerta de la mansión Éntoile y uno de los lacayos se apresuró a abrir la puerta. Descendieron del interior el anciano Maciej y el joven Aleksander.

—He vuelto a casa, aunque no es mi verdadero hogar —comentó Aleksander.

Aunque había pasado la mayoría de su vida en ese lugar, sabía que su verdadero hogar era el castillo vom Burgimwald en Hankisa, el mismo que el duque der Mächtig se había apropiado cuando se subastaron las propiedades vom Burgimwald tras su exilio.

—Vuestra madre esperaba ansiosa vuestra llegada, os espera en sus aposentos—comunicó el sirviente que los había recibido.

—De acuerdo, muchas gracias —respondió Aleksander antes de encaminarse a la mansión mientras dejaba que los sirvientes descargasen su equipaje bajo las órdenes de Maciej.

Los pasillos de la mansión Éntoile estaban decorados con gran lujo, pulcras baldosas blancas se extendían por el suelo con decorados oscuros en las esquinas, sobre las paredes cubiertas de exquisito papel de pared, había colgados cuadros paisajistas, alternados con armaduras que se alzaban con respeto.

La habitación de su madre estaba en la tercera planta, se cruzó en el camino con un guardia que lo saludó cortésmente y después llegó ante las grandes puertas de madera de sus aposentos. Llamó y esperó a oír la dulce voz de su madre invitándolo a entrar.

—Saludos, madre, ya he regresado —dijo Aleksander.

—Aleksander, ¡por fin has vuelto! —exclamó Amelia con alegría mientras se incorporaba en su cama y extendía sus brazos para que su hijo la abrazara.

El joven se sintió reconfortado por el cariño de su madre y tardó en separarse de sus brazos, junto a ella todo se veía diferente. Solo se sentía así cuando estaba junto a su madre y cuando estaba junto a Katarina. Se había lamentado todo el viaje por no haber escrito una carta a Katarina para avisarla de su partida, pero debía ser discreto después de lo sucedido en

su fiesta de cumpleaños. Seguro que a esas alturas Henrik der Mächtig ya había deducido todo, y su tapadera como barón Richeteau se había visto comprometida.

—Noto que algo te preocupa, hijo, ¿qué ocurre? —preguntó Amelia.

—Me preocupa encontraros en la cama, ¿estáis bien? —dijo esquivo.

—Bueno, he estado algunos días algo agotada, con mareos, pero ahora que estás aquí, me siento mucho mejor —respondió sonriente su madre.

—¿Os ha visto el médico? —preguntó Aleksander con evidente preocupación. Tras los sufrimientos y disgustos de hacía años cuando murió su padre, sabía que la salud de su madre se había vuelto delicada y un simple resfriado podía dejarla en cama una semana.

—Vino ayer, dijo que estaba bien y que solo necesitaba descansar unos días.

—Eso espero —dijo sin poder evitar seguir preocupado.

—Bueno, y cuéntame, ¿cómo te ha ido en Hankisa? —los ojos azules de su madre siempre se iluminaban al mencionar su tierra natal.

—Lo siento mucho, madre, no he podido llevar a cabo mi venganza. Sé que te prometí que vengaría a padre, pero el duque der Mächtig se me escapó —respondió avergonzado.

Sus ojos se humedecieron y las múltiples emociones de aquella noche regresaron a su corazón de improviso, en un remolino atormentado.

—Aleksander, no llores, no tienes que disculparte —dijo su madre apoyando una mano en su rostro—. No necesito venganza para ser feliz, mi corazón solo quiere que tú estés alegre, y yo también lo estaré.

—Ocurrieron muchas cosas —comentó él.

—Cuéntamelo todo, con calma, en tus cartas decías que todo iba bien, pero, ¿qué ha pasado?

—Como te conté, llegué a Hankisa y me hice un hueco en las altas esferas como el barón Richeteau, nadie sospechaba que fuera el hijo del duque vom Burgimwald—empezó a relatar—. Entonces conocí a Katarina der Mächtig, era la clave de mi plan para lograr acercarme a su padre, el duque, pero... —no sabía cómo continuar.

—Esa joven te ha tocado el corazón, ¿no es cierto? Ya me pareció que hablabas muy bien de ella en tus cartas, pero ahora que te miro, lo veo en tus ojos, estás enamorado de ella —dijo comprensiva.

—¿Cómo se puede amar a la hija del hombre que te arruinó la vida? —preguntó Aleksander con desesperación.

—Amando, hijo, amando —respondió su madre.

Aquella respuesta lo desconcertó, no sabía qué decir.

—Escucha, hijo —prosiguió Amelia—. Pronto será hora de cenar, ¿por qué no descansas en tu habitación hasta entonces, te tomas un baño y te relajas? Seguiremos con esta conversación mañana por la mañana.

—De acuerdo, madre.

Aleksander se levantó de la cama de su madre y salió despacio de la habitación. Trató de hacer lo que su madre le había dicho, pero las preocupaciones no quisieron abandonarle. Próxima la puesta de sol llegó un sirviente para avisarle de que la cena se serviría pronto en el comedor. Aunque no le apetecía, hizo un esfuerzo por ir. Allí vio que lo esperaban su madre y su prima, Lorraine. Ella era una joven un par de años mayor que Aleksander, una elegante y encantadora dama de suaves cabellos castaños y ojos azulados. Aquellos días el marqués Étoile y su tía no estaban en la mansión puesto que habían tenido que ir a París a encargarse de unos asuntos.

—Me alegro mucho de verte, Alek, ¿cómo te fue en Hankisa? —le preguntó su prima.

—Bien —se limitó a responder.

Se había criado junto a Lorraine y para él era como una hermana, pero se sentía cansado para hablar con ella los detalles de lo ocurrido allí. Además, su conversación con su madre no le había servido para aclararse las ideas. Por suerte Lorraine entendió que no quería hablar y cambió de tema.

—Hace una temperatura fantástica estos días, a pesar de que el verano ya está pasando, todavía no hace frío por las noches —comentaba Lorraine mientras los camareros servían la cena.

Cuando terminó su plato, Aleksander se retiró a su habitación y no tardó en dejarse caer sobre el mullido colchón agotado por el largo viaje. Se decidió a no pensar en nada más que tuviera que ver con los der Mächtig hasta el día siguiente y cerró los ojos.

Cuando despertó a la mañana siguiente, tenía las ideas algo más claras. En primer lugar, no dudaba de quedarse en Francia el tiempo necesario hasta que su madre recobrase por completo la salud. Mientras, estaría atento a los rumores y la información que llegara desde Hankisa en relación al duque der Mächtig o a su imagen como barón Richeteau, Aleksander se había asegurado de pagar bien a algunos agentes que le pudieran mantener informado a pesar de su ausencia. Sin embargo, aún no sabía lo que haría cuando regresara a Hankisa, no se veía capaz de matar a Henik a pesar de lo mucho que le odiaba.

Cuando el joven bajó al desayuno, la ausencia de su madre no tardó en angustiarlo.

—¿Y mi madre? —le preguntó a su prima sentada en frente de él.

—Parece que no desayunará con nosotros esta mañana, se sentirá cansada —respondió ella.

—Me dijo que el médico vino a verla y que había dicho que estaba bien, ¿es cierto?

—Sí, o al menos eso me dijo el doctor, no te preocupes, seguro que pronto está como una rosa.

—Eso espero.

Los sirvientes terminaron de servir el desayuno en la mesa, había una amplia diversidad desde pan hasta frutos del bosque, también había fiambre y queso entre otros platos.

—Me alegra que por fin haya empezado la temporada de moras —dijo Lorraine tomando uno de aquellos tiernos frutos de un cuenco.

Su primo asintió, mientras cortaba una tostada con su cuchillo.

—Bueno, y ahora que has descansado, ¿me contarás lo que ha pasado en Hankisa? En tu última carta decías que todo iba perfecto, que pronto podrías acercarte al duque der Mächtig a solas, pero no parece que el plan funcione, ¿qué salió mal? —preguntó la joven.

—No pude matarle, se escapó y seguramente sospeche del barón Richeteau, mi huída de la fiesta y mi repentina partida del reino le habrán insinuado mi implicación—respondió Aleksander.

—Te conozco, Alek, eres ingenioso y si eso fuera todo seguro que no estarías tan alicaído, ya estarías pensando en un nuevo plan para vengarte. Así que, dime, ¿qué es lo que te preocupa realmente? —dijo ella con perspicacia.

Lorraine era observadora e inteligente como una lechuza, Aleksander era consciente de que no podía ocultarle nada, lo conocía demasiado bien.

—Está bien, tú ganas. En verdad ni yo mismo termino de entender por qué me siento así, pero lo cierto es que ahora dudo de ser capaz de matar al duque der Mächtig. Sé que es lo que ese miserable se merece, pero no me veo capaz de hacer sufrir a Katarina con la muerte de su padre —admitió él.

—Te importa mucho esa chica, ¿no?

—Me importa tanto que no soy capaz de explicarlo ¿Cómo podré hacer entonces que el duque pague por lo que hizo? —aquella pregunta era como una súplica, el corazón de Aleksander se encontraba dividido entre el odio y el amor.

—Escucha, yo también quiero justicia para tu padre, mi tío, pero debes saber que no tiene por qué haber un solo camino. Y más importante aún, no olvides que la venganza y la justicia no son lo mismo —dijo Lorraine.

Aquellas palabras despertaron una nueva idea en el joven. «La venganza y la justicia no son lo mismo» repitió en su mente. El odio que sentía por Henrik der Mächtig lo había cegado tanto que había sido incapaz de discernir la justicia de la venganza. Era inevitable que Katarina sufriera por los errores de su padre, pero ahora Aleksander ya sabía cómo proceder.

—¡Lore, eres la mejor prima del mundo! —exclamó él sonriente.

—Esa actitud ya me gusta más —respondió ella complacida por el entusiasmo de su primo.

Aleksander terminó veloz el desayuno para poder ir a ver a su madre. La encontró tumbada en su cama con las cortinas echadas.

—¿Puedo pasar, madre? —preguntó desde la puerta.

—Claro, no tienes que preguntar, hijo —respondió ella incorporándose.

—No has bajado a desayunar, ¿estáis bien? —preguntó él acercándose.

—Sí, solo algo cansada, he preferido quedarme en la cama. ¿Y tú cómo estás, hijo?

—Bien, bien, de hecho ya sé lo que voy a hacer. Se hará justicia, el duque der Mächtig pagará y nosotros podremos volver a casa, volveréis a ver Hankisa, madre —dijo con alegría.

—¡Ooh, Aleksander, eso sería maravilloso! Te prometo que me pondré bien, para que llegue el día en que podamos volver juntos a nuestro hogar —respondió Amelia con gran felicidad en su corazón.

—Bueno, no os molestaré más, descansad —le dijo Aleksander mientras se acercaba de nuevo a la puerta.

—Una cosa más, antes de que te vayas —interrumpió su madre.

—Decidme.

—¿Qué pasará al final con esa joven, la hija de der Mächtig?

—No os preocupéis madre, sé lo que debo hacer.

Aleksander salió sonriente de la habitación, por fin tenía las ideas claras. Había necesitado algo de ayuda para ver con claridad, pero sabía lo que debía hacer, solo tenía que pensar cómo.

—¡Señor vom Burgimwald! —le llamó uno de los sirvientes de la mansión— El joven marqués Cochonté ha venido a verle.

—Enseguida voy —respondió él.

—Le espera en la entrada —informó el sirviente.

—Gracias —dijo Aleksander encaminándose hacia allí.

El marqués Richard Cochonté era un buen amigo de Aleksander, algo despistado, pero honesto y leal. Se ganó su amistad cuando le ayudó a saldar unas deudas acarreadas en sus frecuentes visitas al hipódromo, después Aleksander se aseguró de que dejase atrás aquel hábito. El padre de Richard pertenecía a la corte y tenía diversas responsabilidades administrativas, gracias a las cuales, Richard pudo conseguirle a Aleksander un título nobiliario francés falso.

—¡Aleksander, hombre, qué alegría verte! —le saludó amistosamente Richard.

—Igualmente, Richard —respondió sonriente.

Su amigo tenía el rostro redondo y cabello castaño, sus mejillas sonrosadas contrastaban con su atuendo gris.

—Me acababa de llegar esta mañana el rumor de que habías vuelto, así que me he pasado a saludar y ver si era cierto —prosiguió el joven marqués Cochonté.

—Ya ves que sí, llegué ayer mismo por la tarde —dijo Aleksander.

—¿Y cómo te fue por aquellos lares?

—Bien, bien —respondió, aunque su amigo no conocía los detalles de su viaje a Hankisa.

—¿Te sirvió aquella cosita que te facilité? —preguntó Richard con una sonrisa pícara.

—Así es, ya te conté que mi familia había sido exiliada, así que sin tu ayuda no habría podido visitar mi hogar —respondió. Era poca la información que había compartido con él, puesto que podía ser demasiado hablador a veces.

—¿Cómo se llamaba, por cierto?

—Hankisa —respondió Aleksander algo ofendido por que su amigo no se acordara.

—¡Hankisa, sí! Ese pequeño grano de arena en el mapa. Espero que disfrutaras la visita, te has tomado tu tiempo, hace más de un año que no te veo y apenas me has enviado cartas.

—Lo siento, he estado ocupado —se disculpó.

—¡Bah, no pasa nada! Lo entiendo —respondió Richard despreocupado—. Y ahora qué estás aquí podríamos hacer planes, divertirnos un poco.

—Sí, por supuesto —respondió, aunque sabía que aún le quedaba mucho trabajo por delante.

Aleksander invitó a su amigo a pasar y sentarse en el salón. Richard a pesar de que decía tener poco tiempo, estuvo un buen rato conversando con él antes de marcharse. Aquella visita había relajado a Aleksander, y trató de tomarse las cosas con calma, sin precipitarse. A la vez que empezaba a urdir un nuevo plan contra el duque Henrik der Mächtig.

...

La nieve caía con ligereza, la escarcha abrigaba las ramas y las hojas con cuidado, y los vientos del invierno susurraban aquella noche. Una máscara de nieve cubría el suelo, reflejando los rayos del sol del ocaso con el brillo de un diamante.

La joven apartó la vista de la ventana y se sentó en el tocador para terminar de arreglarse. Recogió sus cabellos rubios con un lazo blanco en un moño trenzado y extendió con suavidad el maquillaje sobre sus pómulos y sus labios. La doncella entró para ayudarla, aunque ella ya estaba casi lista. Por último, la doncella le tendió a la joven su máscara de paloma, a juego con su vestido blanco como la nieve.

—No, esa no, la de cisne —dijo Katarina, la paloma le traía recuerdos desagradables.

—Como deseéis —respondió la doncella cogiendo la máscara que le había dicho.

Hacía año y medio desde que vio por última vez al barón Frédéric Richeteau, el joven que le había robado su corazón y había huído sin decirle nada. Jamás olvidaría aquella fiesta de cumpleaños, se suponía que sería un baile de máscaras divertido, pero alguien intentó matar a su padre y el hombre al que amaba se había marchado precipitadamente para no volver. Los días siguientes su padre estuvo rugiendo a los guardias, furioso con lo ocurrido, también la regañó a ella por haber dejado al barón Richeteau marcharse. En el fondo tenía la corazonada de que Frédéric había estado implicado en aquel atentado, era lo único que justificaba su huída, pero se negaba a creerlo y rechazaba aquella idea.

—Señorita, vuestro padre os espera —dijo la doncella.

—Ya voy —respondió.

Katarina sentía que su alegría y su risa se habían marchado junto a Frédéric y que jamás los recuperaría, durante mucho tiempo se negó a salir de la mansión der Mächtig. Su padre trató de presentarle al hijo de un amigo, Oskar Remfer. Él era indudablemente arrogante y vanidoso, pero aún así seguía viéndose con él para complacer a su padre. Poco a poco volvió a hacer apariciones públicas y asistir a fiestas para dar buena imagen, aunque por dentro se sentía vacía.

Aquella noche, el rey Ledwing der Große y su familia daban una elegante fiesta por el solsticio de invierno. Al principio no iba a asistir, su padre le había dicho que podía quedarse en casa si lo prefería, pero una amiga de Katarina la había convencido de asistir. Se llamaba Lorraine Éntoile y era una marquesa francesa que había conocido hacía unos meses. Después

de lo ocurrido con Frédéric, Katarina jamás pensó que volvería a confiar en un francés, pero Lorraine era persistente, una noble inteligente y simpática que había sabido devolverle parte de la alegría de antaño, se veía sincera y Katarina terminó por confiar en ella.

Katarina bajó las escaleras hasta la entrada donde la esperaba su padre sonriente, con su fino traje escarlata y sosteniendo en la mano su lujosa máscara de león, aquella imagen le trajo recuerdos, pero se esforzó por contenerlos.

El cisne y el león llegaron al castillo del rey con la hermosa luna en lo alto. El cochero paró frente a la puerta y cuando se bajaron dio orden a los corceles, uno blanco y otro negro, de avanzar para aparcar. Tras entregar sus invitaciones en la entrada, se dirigieron al gran salón de baile. El león contemplaba los candelabros de oro, los nobles retratos y las lujosas lámparas de araña como si contemplara una presa, por dentro se relamía.

En el enorme salón de baile la orquesta tocaba y los invitados bailaban al ritmo de los violines, danzando con las flautas. Todo ellos con sus máscaras, mezclándose en una confusión colorida. Katarina miró a su padre a través de su máscara de cisne y vio al orgulloso león que le daba una sonrisa.

—Mirad, el joven marqués Remfer ya está aquí, ¿por qué no vais con él? —dijo su padre.

—Claro —respondió Katarina, hizo una reverencia para despedirse de su padre y fue hacia Oskar.

El elegante marqués de cabello rubio alisado hizo una pomposa reverencia y miró a la joven con sus presumidos ojos verdes a través de su máscara de chacal.

—Me alegro de veros, señorita der Mächtig —dijo él.

—Igualmente, señor Remfer —respondió tratando de disimular su desinterés.

—¿Me concederíais este baile? —dijo tendiéndole la mano.

—Por supuesto —respondió posando su mano enguantada en la de él.

Katarina siguió la música junto al marqués, aunque hacía tiempo que ya no sentía ninguna melodía, la última vez que se dejó atrapar por las notas fue con Frédéric.

Tras un par de bailes aparecieron varias damas presuntuosas para rondar al marqués Remfer, a la joven le parecía que aquellas mujeres superficiales eran perfectas para él. Agradecida de que Oskar estuviera distraído, se escabulló para poder respirar a solas. Pocas personas había conocido que se mostraran como son tras las máscaras, Frédéric era uno de ellos, o eso había creído, su recuerdo se empañaba por el dolor que el tiempo había derivado en rencor.

—¿Me permitiría el honor de concederme este baile? —le preguntó un caballero de la fiesta.

Su voz le resultaba familiar, era un joven de cabello castaño y ojos azules que se escondía bajo la máscara de un ciervo.

—De acuerdo —respondió el cisne.

Cuando su mano tocó la suya sintió que su corazón se aceleraba, cada nueva nota de aquel baile con el misterioso ciervo la hechizaba derritiendo poco a poco el hielo que había cubierto su corazón ¿Quién sería aquel ciervo? Solo un hombre la había hecho sentir así.

Él disfrutó de la cercanía de la joven, su perfume, su sonrisa, reviviendo felices recuerdos del pasado. Se esforzó por no dejarse llevar por las emociones y no olvidar el plan.

—¿Podríamos hablar un momento en privado? —le preguntó el ciervo.

—Está bien —respondió ella intrigada.

Se deslizaron por el salón de baile acercándose a la puerta y salieron con discreción para hablar en el pasillo vacío.

—¿Quién sois? —preguntó el cisne nervioso. Deseaba que fuera él, pero a su vez tenía miedo de que lo fuera.

El ciervo se quitó la máscara, mostrando el apuesto rostro de Aleksander vom Burgimwald.

—¡Frédéric! —exclamó la joven quitándose también su máscara.

—En realidad, mi verdadero nombre es Aleksander vom Burgimwald —respondió él.

—¿Aleksander?

—Escucha, Katarina, tengo algo que decirte, sé que no te gustaría oírlo, pero es la verdad.

—¿Qué tienes que decirme después de tanto tiempo? Te marchaste sin decir tan siquiera adiós, después de que intentaran asesinar a mi padre. No tendrías nada que ver, ¿verdad? —preguntó disgustada.

—Deja que te explique, pero escúchame hasta el final, por favor.

—Habla entonces.

—Hace años hubo una conspiración para derrocar al rey —empezó a explicar Aleksander—. Mi padre, el duque vom Burgimwald, la descubrió, pero no pudo reunir las pruebas antes de que los artífices de la conspiración lo acusaran a él de ser el traidor. El verdadero conspirador hizo que culparan a mi padre y lo ejecutaran, además de desterrar a mi familia. Regresé a Hankisa para vengar a mi padre, inundado por el odio contra el verdadero culpable: vuestro padre, el duque der Mächtig.

Katarina se llevó las manos a la boca por la impresión, tardó unos segundos en recobrarse para poder hablar.

—Sé que mi padre no es perfecto, pero... ¿De verdad me estás diciendo que es un traidor y que le tendió una trampa a tu familia?

—Sí, sé que te será difícil de creer, pero es la verdad. El año pasado intenté matarlo para vengar a mi padre, pero no pude, en parte porque no dejaba de pensar en ti. Confieso que al principio solo te quería utilizar para acercarme a él, pero terminé enamorándome de ti. Te amo, Katarina —dijo con una súplica de perdón en sus ojos.

—Frédéric... Aleksander —se corrigió—. Entiendo lo que me dices y por qué dices que lo hiciste ¡Pero eso no quiere decir que esté de acuerdo! Además, todavía no me has mostrado una sola prueba de que lo que dices es cierto, ¿por qué habría de creerte? Y tampoco entiendo qué has venido a hacer ahora, ¿intentarás matar a mi padre de nuevo?

—Katarina, la verdad saldrá a la luz esta noche y tendrás las pruebas. Esta noche caerán las máscaras, y pensé que te sería más fácil si te advertía antes de lo que iba a ocurrir—respondió Aleksander.

—¿Qué planeas?

—No puedo decírtelo, deberás confiar en mí.

—¡Me estás pidiendo que elija entre mi padre y el hombre al que amo! —protestó ella.

El joven disimuló una sonrisa al oírla decir que lo amaba, entonces, tomando las manos de la joven en las suyas, dijo:

—Lo siento, Katarina, lo último que querría es hacerte daño, pero... Esta noche se hará justicia, éste será el último baile.

—Aleksander —dijo con pesar, sintiendo un remolino de amargas emociones en su interior.

—El último baile, esta noche caerán las máscaras, tan solo espera —dijo él antes de ponerse de nuevo su máscara y regresar al salón de baile.

Katarina se quedó sola, a punto de ponerse a llorar. Lo que acababa de descubrir la sobrepasaba, no sabía cómo lidiar con aquello. Había visto una cara del hombre al que amaba que no conocía, y había descubierto una verdad sobre su padre que no quería creer. Sabía que su padre podía ser orgulloso, arrogante y ambicioso, pero jamás pensó que fuera capaz de hacer algo así.

El ciervo regresó a la fiesta todavía excitado por su conversación con el cisne, respiró hondo para calmarse y se fijó en que la lechuza lo observaba desde lejos con ojos

preocupados. Sin necesidad de intercambiar palabra, supo que su prima le estaba preguntando si estaba bien. Él asintió y Lorraine también antes de centrar su atención en el rey que hacía su entrada.

—Muchas gracias a todos por venir, es un placer poder celebrar este solsticio con vosotros... —decía el rey Ledwing. Aún no se había puesto su máscara de oso, miraba a los presentes complacido mientras hablaba con voz profunda que mantenía en él la atención de los invitados.

El cisne oía sus palabras, pero no las escuchaba, su cabeza seguía inmersa en sus pensamientos, sin saber qué hacer ni qué sucedería a continuación. La lechuza la observaba con cautela, esperando que el ciervo tuviera razón y no les delatase, lista para intervenir en caso de que su amiga diera un paso en falso. Mientras, el león murmuraba a un viejo lince, con una voz tan baja que resultaba ininteligible para los demás, sin quitar ninguno de los dos el ojo del gran oso.

—... Espero que disfruten de esta gala —concluía su majestad, sin embargo, fue interrumpido.

El rostro del rey se llenó de amarga sorpresa y puso los ojos en blanco antes de desplomarse con un puñal clavado en la espalda. Su camisa y su capa rápidamente se mancharon de sangre entre los gritos sorprendidos y asustados de los presentes. El asesino trató de huir por el corredor después de haber apuñalado por la espalda al rey Ledwing.

Los guardias reaccionaron deprisa para perseguir al enmascarado, aquel cerdo de algún modo se había colado en la fiesta y con sus elegantes ropajes nadie lo había distinguido de los invitados.

El baile se llenó de confusión, la reina se inclinó sollozante junto a su marido y el pequeño príncipe miraba a su alrededor desconcertado, sin poder creer que su padre estuviera muerto. Las damas rompieron en chismorreos y los caballeros en murmullos. Lorraine se apresuró en llegar junto a Katarina que se había quedado petrificada, también se apresuró en llegar junto a ella el marqués Oskar. Henrik exclamó improperios contra el asesino y lamentó junto al lince el descuido de los guardias.

En el otro extremo del castillo el cerdo que huía respiraba agitado mientras buscaba una salida. Vio su oportunidad en una ventana, pero antes de saltar, los guardias lo agarraron de la chaqueta y lo tiraron al suelo del corredor. No tardaron en inmovilizarle y llevarle a las mazmorras. Uno de los guardias regresó al salón de baile para informar de su éxito.

—El asesino ya está bajo custodia, pronto pagará por lo que le ha hecho a su majestad.

—Ledwing —murmuró con pesar la reina con los ojos humedecidos, permaneció un rato en silencio apoyada sobre su marido. Pero al final se incorporó y se alzó con una mirada ardiente para dirigirse a los presentes—. La fiesta ha terminado, regresad a vuestras casas y ya se os informará del momento del velatorio. No obstante, sabed que

este crimen no quedará sin castigo. Tenemos al ejecutor del delito, pero no pudo actuar solo, descubriremos a sus cómplices y serán severamente castigados y ejecutados.

Nadie en la sala se atrevió a murmurar una palabra, lentamente abandonaron todos el salón y ya empezaron a hablar en los pasillos.

—¡Qué terrible! ¡Cómo ha podido suceder! —decía Oskar a Katarina.

—No lo sé —respondió Katarina, no entendía qué había ocurrido, cuando Aleksander le dijo que sería el último baile, no esperaba que ocurriera algo así.

—Descubrirán al culpable —comentó Lorraine—. Seguro que pronto logran sonsacarle al asesino la identidad de quien lo contrató y lo ayudó a colarse en la fiesta.

La lechuza no pudo evitar desviar la mirada hacia el león que andaba acompañado del lince. Cuando salieron a fuera, Katarina se despidió de su amiga y también de Oskar, después subió a su carroaje donde esperó a su padre. A través de la ventanilla, pudo ver que su padre hablaba íntimamente con un noble con máscara de lince, se preguntó qué estarían diciendo y entonces empezó a plantearse la posibilidad de que su padre estuviera implicado. Quizá su padre tenía un plan con el que Aleksander no había contado, pero aquello significaba que efectivamente era un asesino y el responsable de la caída de la familia vom Burgimwald.

—Tienen al asesino que contratasteis, pensé que decíais que era el mejor —murmuraba el león lo bastante bajo para que nadie más lo oyera.

—Quizá no es tan bueno como creía, entonces podría delatarnos, más os vale aseguraros de que eso no ocurra —respondió el lince.

—¿Qué me asegure yo de que no ocurra? ¿Y vos, no vais a hacer nada? —preguntó ansioso Henrik.

—A mis años tengo menos que perder que vos, así que por precaución haré el equipaje en cuanto llegue a mi mansión.

—¿Cómo os atrevéis a traicionarme?

—No os estoy traicionando, al contrario, confío en vos para que os hagáis cargo de este contratiempo, pensé que teníais experiencia deshaciéndoos de incordios.

—Está bien, esta noche morirá —sentenció el león.

Una presa se vuelve impredecible cuando está acorralada, pero un depredador se vuelve peligroso e impulsivo.

Katarina vio a su padre estrechar la mano del lince para despedirse antes de acercarse al carroaje.

—Tesoro, yo aún no regresaré a casa, no te preocupes y acuéstate en cuanto llegues, ¿de acuerdo? —le dijo Henrik.

—¿Por qué os quedáis, padre? —preguntó la joven.

—Tengo algunos asuntos, además quiero brindarle mi apoyo incondicional a la familia de mi amigo, su majestad Ledwing.

—Está bien, os veré mañana entonces.

—Hasta mañana, cariño —le dijo con ternura el duque der Mächtig antes de dar orden al cochero de marcharse.

No obstante, no había convencido a Katarina y en cuanto se alejó lo suficiente le dio orden al cochero de dar media vuelta. A pesar de las protestas del lacayo por la desobediencia a las órdenes del duque, terminó cediendo y llevando a Katarina de vuelta al castillo real.

El león entró sin problemas en el castillo, bajo el pretexto de ir a ver a la reina para ofrecerle su más sentido pésame y todo su apoyo. Caminó con calma por los lujosos pasillos, contemplando lo que esperaba que pronto fuera suyo, fingiendo dirigirse hacia el cuarto donde la reina estaba llorando a su esposo, y después se desvió. Se coló en la armería de los caballeros, que estaba vacía dado que todos estaban ocupados, y robó una armadura, le quedaba algo ajustada en su robusto cuerpo, pero bastaría para que no lo reconocieran.

Con la mente fría y el corazón agitado se dirigió a las mazmorras, bajó despacio por las escaleras de piedra que llevaban a aquellos sótanos y se acercó con calma a la oscura celda en la que habían encerrado al asesino, custodiado por dos guardias.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el duque falseando un poco la voz.

—Aún no —respondió uno de los guardias, para alivio de Henrik.

—La reina me envía para hacerlo hablar —dijo éste.

—De acuerdo —respondieron los guardias echándose a un lado.

—Pueden dejarme a solas, les advierto que mis métodos son eficaces, pero no agradables de presenciar —dijo el duque mientras se cruzaba los nudillos.

—Bueno, no estaremos lejos —respondió un guardia con algo de desconfianza.

—No se olviden de dejarme las llaves —comentó der Mächtig extendiendo su mano.

El caballero se las entregó antes de retirarse junto a su compañero, donde ya no podrían ver las acciones del duque. El asesino estaba inclinado de espaldas, encogido bajo la escasa luz de las antorchas. Lentamente der Mächtig abrió la cerradura y sin dar tiempo a su víctima de reaccionar le clavó su espada por detrás, atravesándolo en un golpe mortal.

—Vaya, Henrik der Mächtig, así que al final os habéis manchado vos mismo las manos —dijo una voz entre las sombras.

El duque se giró con un escalofrío, reconocía aquella voz aunque solo la hubiera oído una vez. El ciervo emergió de la oscuridad y se quitó la máscara mostrando a Aleksander vom Burgimwald.

—Sois un necio, joven vom Burgimwald —comentó Henrik quitándose el yelmo mientras salía de la celda—. Si habéis venido para intentar matarme de nuevo, no lo lograréis, de hecho me seréis de gran ayuda. Diré que fuisteis vos quien mató al asesino para que no os delatara y que después yo no tuve más remedio que atravesaros con mi espada para que no huyerais.

—¿Me echaréis la culpa como a mi padre? —comentó Aleksander.

—Exactamente, qué mejor historia que la del hijo del traidor acabando lo que su padre empezó ¡Estáis acabado! —dijo der Mächtig sosteniéndole la mirada—. Dentro de un tiempo me ganaré el corazón de la reina viuda ¡Y seré al fin el rey!

—¿El rey? —dijo una voz grave detrás del duque.

Henrik se dio la vuelta sorprendido e incrédulo, se quedó pálido al ver al rey Ledwing der Große alzarse ante él.

—¿Ma... ma... majestad? Pero si yo os vi morir ante mis ojos, os vi desangraros —dijo Henrik.

—Lo que visteis fue como manchaba uno de mis trajes favoritos de vino tinto para simular una puñalada. Una gran actuación, ¿no creéis? —dijo el rey.

—Lo sabemos todo, der Mächtig —comentó el cerdo haciendo su aparición.

Se quitó su máscara revelando su identidad: el marqués Richard Cochonté, buen amigo de Aleksander. Se acercó despacio a la escena y miró hacia el muñeco de paja que yacía en la celda atravesado por el filo de la espada de der Mächtig.

—Cuanto me alegro de no haber estado ahí —comentó.

—Además de que todos vuestros amigos y aliados pronto compartirán vuestro fin —dijo la lechuza. Lorraine se quitó la máscara antes de añadir—: Habéis perdido, vuestros engaños han llegado a su fin.

—Caísteis de lleno en la trampa, señor der Mächtig —comentó el lince entrando también en escena.

—¿Conde der Gescheit? —dijo el duque volviéndose sorprendido hacia el que creía su aliado.

—No —respondió y se quitó la máscara—. Maciej Meyer, fiel sirviente de la familia vom Burgimwald —se presentó sonriente.

—Fuisteis vos quien me sugirió que era un buen momento para actuar ¡Todo fue un engaño! —exclamó Henrik siendo consciente de su arrogancia.

—Hace medio año vino el señor vom Burgimwald hablándome de vuestra traición, me parecía difícil de creer, pero dispuse los medios para que pudiera llevar a cabo su plan: un título falso para el señor Meyer, la fiesta y todo este montaje —explicó el rey—. Me decepcionais, Henrik, y pensar que creía que erais un amigo.

La puerta de las mazmorras se abrió para dejar paso a la reina, rodeada de soldados que prendieron al duque der Mächtig. También estaba encogida a su lado Katarina, que había escuchado junto a la reina todo lo sucedido. Lo que le había dicho Aleksander resultaba ser cierto, y aunque la había advertido, aquello no lo hacía más fácil.

—Padre, ¿por qué? —le preguntó tímidamente mientras los guardias lo desarmaban para arrojarlo a una de las celdas.

—¡Katarina! ¿Qué haces aquí? —le dijo Henrik sorprendido de su presencia.

—¿Por qué? —insistió.

—Por nosotros, para que tuvieras solo lo mejor —respondió él.

—¡Yo ya tenía suficiente! —protestó antes de salir huyendo velozmente por las escaleras hacia fuera de las mazmorras.

Aleksander se apresuró en ir corriendo tras ella, provocando una mueca de desprecio y odio en el rostro de der Mächtig.

—Katarina, lo siento —dijo Aleksander acercándose a ella, que estaba agitada, dando vueltas sobre sí misma en el pasillo.

—No eres responsable de las acciones de mi padre, y no puedo culparte por hacer justicia, pero esperaba que nada de lo que me hubieras dicho fuera cierto —dijo angustiada.

—Si hay algo que pueda hacer por ti... —se ofreció él.

—Ojalá todo pudiera ser como antes, cuando todo era más sencillo, mi padre era un hombre honrado y tú solo eras el barón Frédéric —gimió ella mientras seguía dando vueltas.

—Siento que tengas que sufrir por los errores de tu padre.

—¿Y qué me pasará ahora? ¿Me exiliarán como hicieron con tu familia? —preguntó asustada.

—No lo sé, pero eres inocente y no dejaré que te destierren, tienes mi palabra —dijo tomándola del brazo para que dejara de andar en círculos.

Aleksander la miró con intensidad, con preocupación y cariño reflejados en sus ojos. Katarina lo miró un momento, pero apartó la mirada siendo incapaz de aclarar sus sentimientos hacia él ahora que se sabía toda la verdad.

El duque Henrik der Mächtig recibiría la pena máxima por su traición a la corona y sería ejecutado. Además a la familia vom Burgimwald se le devolverían su título, sus tierras y se les levantaría el destierro. No obstante, el destino de Katarina se veía incierto, Aleksander defendía su inocencia con fervor, pero el rey no podía olvidar su estrecha relación con el traidor der Mächtig y pensaba en desterrarla. La joven se limitaba a permanecer recluida en la mansión de su padre, aunque sabía que pronto dejaría de ser suya. No quería recibir visitas y tan solo acudía a los llamamientos del rey para debatir su caso, en los que ella permanecía callada y encogida todo el tiempo.

El corazón de Katarina sufría con aquella situación, con la traición de su padre, y con el descubrimiento de la verdad sobre Aleksander, y sobre Lorraine, a quien creía su amiga, pero resultaba ser la prima de él. Sentía que había perdido el control sobre su vida, ya pocas cosas le importaban, y estaba dispuesta a asumir su destino y partir al exilio si era lo que su majestad dictaminaba.

Aleksander quería ayudar a Katarina con todas sus fuerzas, pero sabía que la decisión final era del rey. Aún así, apoyándose en Lorraine, siguió luchando por que la traición de Henrik der Mächtig salpicase lo menos posible a Katarina.

Al final, el rey despojó a Katarina de su título y de casi todas las propiedades de su familia, dejándole la más modesta para que tuviera un hogar donde vivir. Ella le dio las gracias muchas veces por su generosidad y también le agradeció a Aleksander su esfuerzo. Sin embargo, había sufrido mucho y quería retirarse para siempre a su casa y estar sola.

Aleksander no soportaba verla tan infeliz y poco a poco se esforzó por devolverle la sonrisa y recuperar su amistad.

...

Las flores eran un espectáculo de hermosos colores. Rosas rojas y lirios blancos, acompañados de margaritas como el sol. De la fuente de mármol del patio emergía un chorro cristalino de agua clara y fresca. Los pájaros trinaban, los arcos acariciaban los violines, los dedos rozaban las arpas y los suspiros cruzaban las flautas, mientras los invitados giraban y danzaban.

El padrino había sido el alegre joven de pelo castaño y ojos marrones, que sonreía y bailaba con sus mejillas sonrosadas como las de un cerdo a causa del vino. Richard Cochonté empezó también a cantar, alegre por la ocasión.

Con los preparativos de la celebración había ayudado la joven de cabello castaño, cuyos ojos azules de lechuza brillaban de alegría. Lorraine Éntoile dio una vuelta con la melodía, elevando el vuelo de su falda celeste.

Observaba fuera de la pista de baile el anciano de grueso bigote, calmado como el lince en su montaña. Maciej miraba complacido el feliz desenlace de los sucesos mientras cuidaba de su señora que sentada sonreía.

La mujer tenía el cabello recogido en un moño marrón con líneas grises, tenía el pecho hinchido de orgullo como un águila, mientras sus ojos azules contemplaban su hogar bañado de recuerdos de cuando también fue su día. La duquesa Amelia vom Burgimwald rebosaba felicidad y llevaba mucho tiempo sin sentirse tan bien, aunque ya no pudiera bailar y brincar como los jóvenes.

Tomados de la mano danzaban los novios, con la nobleza del ciervo guiaba el joven a su paloma blanca, que se dejaba llevar con la elegancia de un cisne. Demasiado tiempo las máscaras los habían separado y el pasado los había alejado, el hielo que el león creó, el sol lo fundió. Por fin era el baile sin máscaras, por fin era la ceremonia de amor. Con un beso termina el dolor y empieza la nueva historia de Aleksander y Katarina vom Burgimwald.

Apéndice de máscaras:

- Cerdo: despreocupación, diversión, amistad incondicional.
- Chacal: intereses, envidia, egocentrismo.
- Ciervo: nobleza, valor, sinceridad, corazón del bosque.
- Cisne: elegancia, belleza, distante e inalcanzable en el lago.
- Cuervo: oscuridad, rencor, llegada de la muerte.
- Lechuza: inteligencia, perspicacia, vigilancia en la noche.
- León: orgullo, arrogancia, ambición.
- Lince: calma, paciencia, determinación.
- Oso: fuerza, orgullo, protector del bosque.
- Paloma: inocencia, dulzura, salvación.
- Pavo real: narcisismo, elegancia, superficialidad, apariencias.